



## Nota sobre el Pensamiento ideológico

Nuestro siglo es el siglo que ha asistido al nacimiento, crecimiento, triunfo y posterior fracaso de las ideologías. El «ciclo vital» del nazismo y del comunismo ha acompañado la historia de nuestro siglo, sembrándola de cadáveres. La historiografía posterior establecerá, quizás, este hecho como el rasgo distintivo de nuestro tiempo. Juan Pablo II ha afirmado al respecto: «En el fondo, el paganismo nazi, así como el dogma marxista, tienen en común el ser “ideologías totalitarias”, con “tendencia a transformarse en religiones sustitutivas” (...). El abismo moral en el que el desprecio de Dios, y también del hombre, ha precipitado al mundo hace cincuenta años nos ha llevado a experimentar el poder del “Príncipe de este mundo” (Jn. 14, 30) que puede seducir las conciencias con la mentira, con *el desprecio del hombre y del derecho, con el culto del poder y del dominio*. Hoy nos acordamos de todo esto y meditamos sobre los límites a los que puede llevar el abandono de toda referencia a Dios y de toda ley moralmente trascendente»<sup>1</sup>. Las reflexiones que siguen se inspiran en autores que han hecho en su carne la experiencia del orden social creado por la ideología. F. M. Dostoyevski, en particular, fue testigo excepcional de su surgimiento y de su rápida difusión en Rusia. En su obra *Demonios* nos entregó su lúcida reflexión al respecto. Su simple título expresa el convencimiento de que, detrás del fenómeno de la ideología, se esconde una opción espiritual *contra Dios*, de que no se trata de un simple error, sino de algo más grave, de una *mentira*.

«Ideología», en efecto, posee una doble referencia semántica —*idea* e *ídolo*— que sugiere uno de sus rasgos constitutivos: la confusión entre el orden especulativo y el orden religioso. De hecho el pensamiento ide-

<sup>1</sup> *Carta en el L' aniversario de la Segunda Guerra Mundial*, n.º 7.

ológico adviene *cuando la idea se convierte en ídolo*. Precizando más diremos que con el término «ideología» designamos toda síntesis extraña entre ciencia y religión que consista en *una ciencia que exija un acto de fe y una religión que pretenda ser científica*. De modo que en las ideologías la *forma* es científica («las leyes necesarias de la historia») y el *contenido* es religioso («conducirán a la salvación»). Lo típico de la ideología es esta mezcla de ciencia y religión en base a la cual la ciencia está adulterada por la fe y la fe es adulterada por la ciencia. De Lenin en este sentido se ha afirmado que «creía que sabía y no sabía que creía»<sup>2</sup>.

Toda ideología es, en el fondo, una doctrina de salvación. De ahí proviene la certeza y la seguridad tan fuertes que engendra en sus adeptos. En teoría esta certeza proviene del componente científico, pero de hecho proviene de la adhesión de fe que suscita. Este carácter religioso es el que confiere a la ideología su fuerte componente emocional. Dostoyevski lo subrayó al afirmar: «Ya sabe usted que el socialismo, entre nosotros, se difunde principalmente por el sentimentalismo»<sup>3</sup>. Soloviev lo expresó gráficamente al definir la ideología con esta frase: «El hombre descende del mono, por lo tanto ama a los unos a los otros». Podríamos traducirla en lenguaje marxista diciendo: «La lucha de clases es el motor de la historia, por lo tanto paz a los hombres de buena voluntad»<sup>4</sup>.

Es propio del pensamiento ideológico el pretender constituirse en respuesta *total y definitiva* a todos los problemas del hombre, tanto teóricos como prácticos<sup>5</sup>. El pensamiento ideológico es como un crisol en el que se recogen todos los elementos de la vida humana, todas sus dimensiones, —religión, ciencia, filosofía, acción— y son *fundidos* de tal manera que, cada elemento y cada dimensión se transforma adquiriendo un nuevo status. Así por ejemplo la fe religiosa es superada en un conocimiento de grado superior; la abstracción científica es superada al estar inserta en una praxis que modela el mundo; el compromiso político se encuentra superado en su fragilidad empírica al estar regulado por un conocimiento preciso de las leyes de la historia; la duda filosófica es superada por la certeza teórica que le otorga la ideología etc. etc. Todo es, pues, superado, todo alcanza un nuevo status en el que es liberado de los condicionamientos empíricos y de su contingencia<sup>6</sup>. De aquí procede

<sup>2</sup> F. ROULEAU, *L'ideologia come malattia dello spirito*, en *L'Altra Europa*, 1 (217), Anno XIII, Gennaio-Febbraio 1988, pp. 90-91.

<sup>3</sup> *Demonios*, en *Obras completas*, Tomo II, Aguilar, Madrid, 1975, p. 1.324.

<sup>4</sup> F. ROULEAU, *Op. cit.*, p. 91.

<sup>5</sup> H. ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 1987, p. 693.

<sup>6</sup> F. ROULEAU, *Op. cit.*, pp. 92-93.

la peculiar *exaltación* y *suficiencia* que caracteriza al hombre poseído por la ideología: tiene el sentimiento de haber encontrado *la clave de la realidad*, el secreto que permite superar todas las antinomias y poseer el único conocimiento *válido* de la realidad<sup>7</sup>.

De este modo el pensamiento ideológico se fundamenta en una *falsa relación con lo real*. Bajo el dominio de la ideología se produce siempre una *deportación de la realidad*: la realidad es violentamente negada, apartada, exilada, y es reemplazada por la *idea*<sup>8</sup>. Para la ideología *sólo la idea es real*, mientras que el mundo de la vida, con su fragilidad y contingencia temporal, sólo puede ser objeto de opinión (*doxa*)<sup>9</sup>. Se crea así una situación en la que para reencontrar el *ordo* natural de las cosas —ese orden no arbitrario en el que se patentiza la esencia profunda de los seres y que la conciencia humana sabe que hay que respetar<sup>10</sup>— hay que rastrear las huellas que, en su forzosa deportación, ha dejado la realidad. Esas huellas se encuentran en las «historias» contingentes y efímeras contrapuestas a la «Historia» revestida de necesidad, que el pensamiento ideológico escribe y proclama. Ahí, en ellas, es donde se ha refugiado el mundo real, el mundo de la vida, de los seres humanos concretos con sus angustias y esperanzas reales<sup>11</sup>. De ahí el carácter subversivo que la literatura adquiere en el reino de la ideología. Pues, como afirma O. Paz citando a A. Soljenitzin, ella «es la memoria de los pueblos; transmite de una a otra generación las irrefutables experiencias de los hombres. Preserva y aviva la llama de la historia ajena a toda deformación, lejos de toda mentira»<sup>12</sup>. La «Historia» oficial pretende, de hecho, expropiar la memoria colectiva de los hombres, privarles de su memoria histórica, extrañarles de sus raíces culturales, para que puedan ser un

<sup>7</sup> «En todas las caras estaba escrito que acababan de descubrir algún principal secreto» (F. M. DOSTOYEVSKI, *Op. cit.*, p. 1.085). Cfr. H. ARENDT, *Op. cit.*, p. 686.

<sup>8</sup> La novela de V. DUDINTSEV, *Los vestidos blancos*, Península, Barcelona, 1988 ilustra esta actitud en el campo científico, concretamente en la biología, donde la doctrina oficial del partido bloquea y coarta la libre investigación científica.

<sup>9</sup> «Una ideología es muy literalmente lo que su nombre indica: la lógica de una idea (...). Las ideologías nunca se hallan interesadas en el milagro de la existencia» (H. ARENDT, *Op. cit.*, p. 694).

<sup>10</sup> La época moderna ha psicologizado la conciencia, remitiéndola al individuo, mientras que su verdadero significado remite a Dios y al orden establecido por El, hecho presente en el sujeto. Cfr. R. PALOUS, *La coscienza morale davanti al regime totalitario*, en *La Nuova Europa*, Anno 1, n.º 2 (242), Marzo-Aprile 1992, p. 35.

<sup>11</sup> V. BELOHRADSKY, *Il pregiudizio è più vero dell'oggettività*, en *L'Altra Europa*, 1985(X), Settembre-Ottobre, pp. 7-8 y 15.

<sup>12</sup> *El ogro filantrópico*, Seix Barral, Barcelona, 1990, p. 245.

dócil material en manos de la ideología, que pretenderá siempre reescribir la historia<sup>13</sup>. La ideología engendra así hombres que poseen «un perfecto desconocimiento de la realidad», una «abstracción feroz», según la descripción de Dostoyevski<sup>14</sup>, hombres para los cuales algo abstracto —la idea— ha llegado a formar parte de su fisonomía, como afirma B. Pasternak<sup>15</sup>.

Esta falsa relación con la realidad genera una auténtica *inversión del lenguaje* que pierde su referencia a lo real para pasar a significar lo ideal que la ideología considera real. Y así, como dice V. Havel: «La humillación total del individuo es presentada como su liberación definitiva, la ocultación de la información es presentada como el acceso a la información, la manipulación operada por el poder como el respeto al sistema jurídico. La represión de la cultura es presentada como su florecimiento, la ampliación de la zona de influencia imperialista es presentada como el soporte de los oprimidos, la ausencia de libertad de expresión como la forma más alta de libertad, la farsa electoral como la forma más alta de democracia; la prohibición del pensamiento independiente es presentada como la concepción del mundo más elevada, la ocupación como ayuda fraternal. El poder está cautivo de sus propias mentiras, y por eso ha de continuar falsificando el pasado, el presente y el futuro... Finge respetar los derechos del hombre. Finge no perseguir a nadie. Finge no tener miedo. Finge no fingir nada»<sup>16</sup>. De ahí el carácter eminentemente subversivo que, bajo el poder de la ideología, adquiere *la palabra que dice la verdad*, es decir, la palabra que reconoce y expresa el *ordo de la realidad*. Es pertinente, de nuevo, el testimonio de Havel: «Sí, verdaderamente vivo en un sistema en el que la palabra puede conmovier todos los aparatos del poder, en el que la palabra tiene un poder más grande que diez divisiones, en el que una palabra que expresa la verdad, como fue el caso de Soljenitzin, es considerada como una cosa lo suficientemente pelgro-

---

<sup>13</sup> A. DUQUE, *La idiotez de la inteligencia*, Encuentro, Madrid, 1982, p. 120. J. M. LUSTIGER, *Europa sé tú misma*, Edicep, Valencia, 1992, p. 119.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 1512.

<sup>15</sup> «Su rostro humano, vivo, se había convertido en la personificación de un principio, la representación de una idea» (*El doctor Zhivago*, Anagrama, Berelona, p. 463). H. ARENDT habla de «la curiosa contradicción entre el proclamado y único "realismo" de los movimientos totalitarios y su evidente desprecio por todo el entramado de la realidad» (*Op. cit.*, p. 13).

<sup>16</sup> Citado por A. GLUCKSMANN, *Sortir del comunisme per tornar a la historia*, LLibres de l'index, Badalona, 1990, pp. 55-56. Esta violenta alteración de la historia real ha sido puesta también de relieve por V. GROSSMAN, *Vida y destino*, Seix Barral, Barcelona, 1985, pp. 754-763.

sa como para introducir por la fuerza a su autor en un avión y expulsarlo de su país»<sup>17</sup>.

Para el pensamiento ideológico existe, pues, una sobre-realidad, la idea, que vale más que lo real, ya que ella constituye el principio de lo real<sup>18</sup>. De ahí deriva una depreciación de lo real concreto, al que no se le concede ninguna legitimidad frente a la idea, de tal manera que éste puede ser perfectamente sacrificado en función del advenimiento de la idea. Dostoyevski lo expresó con mordacidad al escribir: «Reclama más de cien millones de cabezas para la implantación del sentido común en Europa»<sup>19</sup>. Pues el mundo existente es percibido por la ideología como carente de cualquier valor, como un enfermo incurable al que ningún remedio puede salvar. Al no ser susceptible de una redención, de una salvación, lo único que se puede hacer es intentar su sustitución por un nuevo mundo<sup>20</sup>. Lo cual legitima la violencia nihilista frente a lo real, la posibilidad de destruirlo todo para edificar, *ex novo*, un mundo que encarne la idea<sup>21</sup>. Dostoyevski hizo de los incendios el símbolo de esta actitud destructora: «¡Siempre incendios! esto es el nihilismo. Siempre que algo arde, anda por medio el nihilismo»<sup>22</sup>. H. Arendt ha mostrado que la presencia del terror, de la «ley de matar», es consustancial al pensamiento ideológico<sup>23</sup>. Lenin lo ilustró siniestramente al afirmar que si por causa del comunismo hubiera que eliminar las nueve décimas partes de la población, no se debería vacilar por ello<sup>24</sup>. Como también engendra el *cinismo* como actitud ante la realidad concretamente existente. P. Florensky describió lúcidamente este tipo de hombre «que “ama” al mundo entero de palabra y que considera que todo es “natural”; pero que de hecho detesta el mundo *entero* en la vida *concreta* del mundo y quisiera sustituirlo por las nociones de *su* razón»<sup>25</sup>. También Dostoyevski hace del cinismo un rasgo fundamental del hombre poseído por

<sup>17</sup> *Paraules sobre la paraula*, Llibres de l'index, Badalona, 1990, p. 17.

<sup>18</sup> F. ROULEAU, *Un examen de conscience*, en *Communio*, n.º V, 4, juillet-août 1980, pp. 78-79.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 1.134.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 1.338-1.339. Dostoyevski desarrolla este tema en unos términos que evocan el dualismo nietzscheano de los hombres fuertes y los hombres débiles, así como la óptica de las «bestias del rebaño» y de la «decadencia». Cfr. pp. 1.336-1.337, 1.345.

<sup>21</sup> «Y así vamos triturando al hombre concreto para redimir una humanidad abstracta» (A. DUQUE, *Op. cit.*, p. 95).

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 1.409.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 688.

<sup>24</sup> Citado por F. ROULEAU, *L'ideologia come malattia dello spirito*, p. 96.

<sup>25</sup> *La colonne et le fondement de la vérité*, L'Age d'Homme, Lausanne, 1975, p. 194.

la ideología, incapaz de amar lo real-concreto, y ve en ello la base de esa actitud violenta, de esa pasión de destrucción que caracteriza al pensamiento ideológico<sup>26</sup>. Pues, en el fondo, se trata de una *opción espiritual* por la que no se acepta el orden de la Creación y se pretende sustituirlo por otro orden fruto de la voluntad, del libre albedrío del hombre. V. Grossman ha subrayado este carácter «voluntarista», común a todas las ideologías, en un memorable dialogo entre un oficial de las SS y un comunista convencido<sup>27</sup>.

La superación del pensamiento ideológico no es tarea sencilla. Lo contrario de un error no es necesariamente una verdad, puede ser un error de signo contrario. La desaparecida Alemania Oriental estuvo montada, en parte, sobre el fenómeno de gentes que tras adherir sinceramente al nazismo, adhirieron con igual sinceridad al comunismo<sup>28</sup>. Pues lo más determinante en esta cuestión es la superación de la *actitud ideológica*. Esta reposa sobre una determinada opción ontológica por la que se eleva una abstracción —la idea— a la categoría de lo real y sobre la correspondiente decisión axiológica por la que se la absolutiza como valor supremo, fuente de toda legitimidad. Su superación comporta una verdadera conversión del pensamiento por la que se conceda al *rostro humano*, es decir, al hombre concreto, a cada hombre, el papel y el valor que la ideología otorga a la idea. El rostro humano, el rostro del otro hombre, es, en efecto, un absoluto tanto en el orden ontológico como en el axiológico. En el orden ontológico porque, en su aparición, el rostro humano se «absuelve» de todos los condicionamientos con que aparece, se afirma por sí mismo, independientemente del contexto histórico, social y cultural en el que se muestra y, sólo ante él, el yo comprende que está ante una realidad que escapa a sus poderes de tematización, de objetivación<sup>29</sup>. En el orden axiológico porque en el rostro, en la desnudez de su mirada, aparece una llamada ineluctable de carácter moral, articulada como exigencia de respeto («tú no matarás») y como súplica de ayuda<sup>30</sup>.

---

<sup>26</sup> *Op. cit.*, pp. 1.348, 1.372. De ahí el apodo de uno de los personajes —«Stavroguin»— que significa literalmente, «el bebedor de sangre». Cfr. pp. 1.414-1.415.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, pp. 355-361. Dostoyevski subraya también que la ideología supone una opción espiritual, unos «demonios». Cfr. *Op. cit.*, p. 1.515.

<sup>28</sup> F. ROULEAU, *L'ideologia come malattia dello spirito*, p. 101.

<sup>29</sup> E. LEVINAS ha desarrollado ampliamente esta perspectiva. Cfr. *Totalité et Infini. Essai sur l'extériorité*, Martinus Nijhoff, La Haye, 1971, pp. 8, 11, 21, 32, 37, 47, 122, 152. *Autrement qu'être ou au-delà de l'essence*, Martinus Nijhoff, La Haye, 1974, pp. 109, 113.

<sup>30</sup> E. LEVINAS, *Totalité et Infini*, pp. 171-175. *Autrement qu'être*, p. 60. Sobre estos puntos puede verse mi artículo *La antropología de Emmanuel Levinas*, en *Cuadernos Realidades Sociales*, n.º 25-26, 1985, pp. 131-136.

La elección y valoración del hombre concreto frente a la ideología, es la que confiere al mundo su valor relativo, en cuanto «hogar» y «morada» de ese hombre, y lo que prohíbe una actitud absolutamente iconoclasta ante él. Pues el rostro del otro hombre confiere un cierto valor y una cierta legitimidad al mundo que él habita, que él constituye. Este mundo concreto es «el mundo de la vida» (*Lebenswelt*) que Husserl tanto valoró y que el pensamiento ideológico desprecia, considerándolo trivial, carente de significación. La superación de la ideología debe operar aquí también una inversión y atreverse a afirmar que «cualquier convicción que no sea legitimada ante otro hombre en primera persona, es decir, que no se exponga a la confrontación con el peso de las convicciones personales de otros, en una comunicación interpersonal abierta» es absolutamente trivial, es decir, in-significante<sup>31</sup>. Pues el pensamiento ideológico expropia al hombre concreto la fuente de los significados y del sentido, para situarlas en la impersonalidad de la idea<sup>32</sup>. En esta perspectiva cobra sentido la afirmación de Dostoyevski según la cual la salvación del hombre poseído por la ideología solo puede llegar por el trabajo del *muchij*<sup>33</sup>, es decir, mediante el redescubrimiento del mundo concreto, de lo real-concreto directamente salido de las manos de Dios, la naturaleza, el clima, los ciclos vitales. Pues ese mundo no es caótico ni absurdo, sino que posee una intrínseca inteligibilidad, expresa los logoi divinos inscritos en las cosas, es portador de una sabiduría y constituye un lenguaje cifrado en el que Dios nos habla y nos bendice<sup>34</sup>. De este modo se recupera la cuestión de la verdad como referencia a lo real y no como referencia a la idea. Cuestión que está íntimamente vinculada con la recuperación del gusto por la vida, del sentimiento de la Creación como algo grande y bueno, de la posibilidad real, aunque fragmentaria, de una experiencia de *felicidad*<sup>35</sup>.

En este sentido llama la atención el hecho de que han sido los artistas, mucho más y mucho antes que los intelectuales, quienes han percibido y denunciado los males del pensamiento ideológico. La primera inde-

---

<sup>31</sup> V. BELOHRADSKY, *La vida como problema político*, Encuentro, Madrid, 1988, p. 60.

<sup>32</sup> De ahí que el tiempo de las ideologías haya sido calificado por V. BELOHRADSKY como el tiempo del advenimiento de la «escatología de la impersonalidad». Cfr. *La vida como problema político*, pp. 15-16.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, p. 1.240.

<sup>34</sup> S. CHARALAMBIDIS, *Cosmología cristiana*, en *Introducción a la práctica de la teología III. Dogmática 2*, Cristiandad, Madrid, 1985, pp. 28-29.

<sup>35</sup> DOSTOYEVSKY nos ha dejado algunas páginas memorables al respecto. Cfr. *Demonios*, pp. 1.259-1.462, 1.465, 1.494, 1506.

cisión de Heidegger frente al nazismo y el acomplejamiento de la mayoría de la inteligencia europea occidental frente al comunismo, contrastan con el considerable número de artistas que han sido lúcidos frente a la ideología. Se ha hablado de «la idiotez de la inteligencia». Quizás convenga matizar afirmando que cuando la inteligencia busca una lucidez al margen del Bien y de la Belleza, el resultado es una miopía total<sup>36</sup>. Tal vez los artistas han amado más y por eso han sido más lúcidos. Tal vez los intelectuales han adoptado una postura desencarnada, que ha «puesto entre paréntesis» lo que nunca se debe poner: el rostro humillado, despreciado, asesinado, del otro hombre y, de este modo, han caído víctimas del poder de seducción de la ideología. El pensar desencarnado, carente de amor, sin un pathos ético en su interior, se ha revelado incapaz de resistir la carga emocional de la ideología, «han retenido prisionera la verdad en la injusticia» (Rm. 1, 18)<sup>37</sup>.

*Fernando Colomer Ferrándiz*

CENTRO DE ESTUDIOS TEOLOGICO-PASTORALES

«SAN FULGENCIO» MURCIA

---

<sup>36</sup> Según el lúcido análisis de H. U. VON BALTHASAR sobre la unidad articulada de los trascendentales y, en particular, de la importancia de la Belleza. Cfr. *Gloria. Una estética teológica. Vol. I. La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid, 1985, p. 23.

<sup>37</sup> Cfr. E. IONESCO, *La búsqueda intermitente. Diario íntimo*, Gedisa, Buenos Aires, 1989, pp. 49-50.